

## Oleajes.

*Por Margarita Patiño*

Alejandro no nació en casa, como habíamos nacido todos, con la ayuda de doña Eudina. Eran otros tiempos.

La estrella del sur dejaba ver sus destellos en una de las esquinas del barrio. Un joven médico, con nombre bíblico y apellidos de abolengo, mostraba su diploma que traía de Buenos Aires. Ofrecía sus servicios profesionales en la nueva clínica, con todas las de la ley.

Sí, eran otros tiempos... había trabajo en la carpintería y mamá merecía todas las comodidades para el alumbramiento del quinto hijo.

Como Dios manda.

Unos días antes del parto, la feliz gestante sintió un mareo que la hizo caer en la montaña de arena, en la nueva casa que se encontraba en obra negra. El joven médico la examinó y dijo: "Todo está bien, aquí no pasa nada".

El 22 de enero de 1964 llegaron los dolores del parto. Papá llevó a la clínica a mi madre, el médico no se encontraba. Cinco horas más tarde, se presentó un poco ebrio y, con asombro, expresó: "Este bebé se vino de nalgas". Lo que debía ser una cesárea, se convirtió en un parto normal.

Aparentemente, el nuevo tripulante cumplía con todas las de la ley, pero llegaron días difíciles, noches en vela. En medio del regazo y los cuidados maternos, solo podíamos ver, del niño, su abundante cabello y negras pestañas, que alcanzaban sus mejillas. Dos meses después, Alejandro no levantaba la cabeza. A los seis meses, no se sentaba, y un nuevo doctor, con apellidos de poeta, Quevedo Velasco, asumió el control médico del pequeño, que al cumplir el primer año de edad, aún no daba señales de sus primeros pasos.

Los años pasaron en ires y venires de muchos sucesos familiares

Paralelo a ello, Alejandro exploraba caminos "gateando sentado", marcaba boyas en su recorrido. Una de ellas era el movimiento de la lavadora de rodillos. El ruido del motor le traía el sonido del mar. Él se abrazaba a ella y permanecía, casi todo

el ciclo de lavado, escuchando los secretos de esa caracola gigante que le regalaba burbujas cristalinas. Esta caracola había buscado su aposento en el patio posterior de la casa, donde nuestros brazos se encargaban de izar las velas, en este puerto donde transcurrieron nuestros primeros años.

Las grandes tuberías, que inundaron las calles, no dudamos en convertirlas en cuevas de acantilados. Allí emprendimos travesías misteriosas, en busca de galeones escondidos por corsarios y viejos piratas con grandes barrigas y dientes de oro. Atrapábamos en nuestras redes el eco de nuestras voces como si fueran peces de colores. Mamá copiaba en sus cuadernos consejos de sirenas que ayudarían al avance del pequeño marinero en su travesía. Ponerle un pajarito en la boca para que comenzara a soltar la lengua, frotar con claras de huevo sus piernas con el fin de que tuvieran fuerza, sembrarlo en el morro de arena durante varias horas, de esta forma podría pararse y perdería el miedo a caminar. Asistíamos a estos rituales de sanación en medio de rondas y las notas de "Soy pirata y navego en los mares" y esa bella melodía italiana llamada "Torna a Sorrento" que aprendimos en la escuela.

Contra viento y marea, el oleaje del día a día trajo, al andén de la casa, donde también estaba el taller de mi padre, un barco para que se restaurara todo el enchape de madera. Esto atrajo sucesivamente otros navíos que fuimos abordando en cada temporada. En ellos, Alejandro, convertido ahora en capitán, emitía sonidos de alegría, asombro y continuaba explorando caminos, ayudado por la brisa de nuestras risas y las alas de gaviotas de nuestras manos.

Corrían siete años de vida, del dueño del timón de nuestros barcos de ensueño, cuando un día, el viento trajo a sus oídos el canto de la caracola. Todos quedamos como estatuas coralinas, cuando vimos que dejó de "gatear sentado" para erguir su cuerpo y llegar sonriente al regazo de la gran concha que le regalaba espumas. Madre exclamó: "Más vale tarde que nunca", mientras se unía al abrazo de la caracola, con sus ojos enjuagados de agua de mar, dando gracias al cielo por la "Buena Nueva".

Desde ese día, Alejandro, no has parado de caminar y recorrer tu playa. Reconoces cada espacio, lo vigilas, lo proteges. ¿Qué botella viajera atrapaste en tus manos y te donó el pergamino de Guardián del Planeta y tu afán de reciclar papeles, que arrumas como partituras de tu música, por encargo de Rafael? Cuánta conciencia, cuando exclamas: "Apaguen la luz, cierren las llaves del agua", y anuncias la llega-

da del carro recolector de basuras.

“Después de la tormenta llega la calma”. Algunas veces sentimos tu grito de coraje, cuando llega la tormenta; y tus enojos, lágrimas y suspiros, cuando llega la calma. Tu risa regresa con olas refrescantes y cantos de sirena.

“No hay quinto malo”, dice mi madre. Ella sabe bien que este hijo se duerme, esperando una bandada de gaviotas, en noches de estrellas, y que cubre de besos y ternura sus mañanas de cabellos blancos.